



DEBERES RELIGIOSOS Y SOCIALES

AL ALCANCE DE LOS NIÑOS.

I.

Conocimiento de Dios.


 ¿Tú sabes, hijo mio, porque tu buena madre te lo ha dicho ya en los primeros dias de tu infancia, que Dios es principio y fin de todas las cosas, y que para demostrarnos hasta dónde llega su amor hácia nosotros, quiso crearnos á su imágen y semejanza. Pues bien: hoy que tu razon se halla ya en estado de comprender ciertas verdades indispensables para ser feliz en esta vida, y alcanzar despues la muerte eterna; hoy que las relaciones con tus compañeros, y la necesidad que espermentas, no solo de saber nuevas cosas, si que tambien de comunicar á los niños más pequeños que tú los cuentos é historietas que durante el último invierno te

referiamos con tu madre, sentados junto al hogar, te indican que el hombre ha sido creado para vivir en sociedad, es necesario que sepas que para alcanzarlo debe cumplir con los deberes que se le han prescrito, sin cuya condicion le seria imposible, viniendo á resultar el más infeliz de losséres, aquel que por los dones especiales que Dios quiso concederle, es el más perfecto de la creacion.

«Ama á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á tí mismo.» Este precepto, hijo mio, debe ser la norma de tus acciones todas, pues en él se funda el cúmulo de deberes que la religion y la sociedad imponen al hombre para que pueda llenar cumplidamente los altos fines para que ha sido puesto en el mundo. La religion y la sociedad, he dicho, porque cuantos deberes vayas contrayendo á medida que con la edad cambies sucesivamente de estados, se refieren á Dios ó al hombre; al Creador ó á tus semejantes; á tu padre ó á tus hermanos.

Mas, ora esos deberes se refieran á Dios, siendo por consiguiente *religiosos*, ora digan

relacion con los hombres, en cuyo caso se llaman *sociales*, deben de igual suerte ser observados, pues solo con el cumplimiento de unos y otros es como puede ser el hombre dichoso, pues lo es, tenlo entendido y jamás lo olvides, hijo de mi alma, el que cumple constantemente con su obligacion. Quizás te parezca imposible, por lo mismo que es tan fácil alcanzarlo, que baste para ser completamente dichosos el solo cumplimiento de nuestros deberes: sin embargo, nada más cierto: si no, dime: ¿no te has sentido más satisfecho de ti mismo el día en que te has presentado en la clase, seguro de poder decorar la leccion de corrido, que no aquel en que por haberte distraido jugando la has llevado á medio saber? Pues en esto no hacias mas que llenar el cumplimiento de tus deberes como escolar; y lo que respecto de tus lecciones te ha sucedido siendo niño, es un ejemplo de lo que debes hacer mientras estés en el mundo, y un recuerdo que debes evocar cuando sientas que flaquean tus fuerzas para cumplir con tu obligacion.

Mal podriamos sin embargo cumplir aquello á que estamos obligados, si no conociéramos el modo cómo debemos hacerlo; mal podriamos llenar nuestros deberes para con Dios, si no tuviéramos una idea completa y exacta de él. Sepamos pues ante todo quién es Dios, y comprendiendo cuánto se merece y á cuánto estamos obligados, sabremos cumplir con los deberes religiosos.

No basta, hijo mio, que sepas respecto á su Divinidad lo que te enseñó tu piadosa madre á la par que te esplicaba la significacion y naturaleza de los objetos que por vez primera se presentaban á tus encantados ojos: es preciso que lo conozcas con todos sus atributos; que lo veas rodeado de su esplendorosa majestad, para que aprendiendo á respetarlo y temerlo, y convencido de los beneficios que pródigo te ha dispensado, le ames sobre todas las cosas, como él desea y es justo, ya que nada hay comparable al Criador.

Muchos son los hombres que se contentan con saber que Dios existe, cosa tan indudable, que basta echar una ojeada sobre el objeto más

insignificante para convencerse de la existencia del Hacedor Supremo; pero á más de esto debes saber que su grandeza es infinita, su poder inconmensurable, sin límites su escelsa bondad. Sabiendo pues que Dios es grande, omnipotente y bondadoso, y que como tal es justo, siendo clemente para con los buenos y severo para con los que han desobedecido sus preceptos y despreciado sus consejos, aprenderás á amarle, temerle y respetarle, y no querrás dejar la senda que te ha trazado para que un día puedas ocupar cabe su trono el sitio que reserva á los que han observado sus prescripciones.

¿Quiéres conocer ahora cuyos son los atributos de su grandeza y poder? Levanta los ojos al cielo tachonado de brillantes estrellas, que girando todas con vario movimiento, ni chocan ni se destruyen al seguir el curso que Aquel les trazara desde el primer día de la creacion. Recuerda los desastres ocasionados por la última tempestad; el fragor del trueno; la brillante y á veces aniquiladora luz de los rayos; la impetuosidad del desbordado torrente; el rumor del granizo, y las desencadenadas ráfagas del huracan tronchando robles y encinas, devastando campos y viñedos, y comprenderás mejor que pudiera hacerlo con mil palabras, toda su grandeza y poder. ¿Crees que el hombre mas sabio, aquel que hubiese pasado su vida toda fija su atencion en los libros, al terminar sus dias, seria capaz de producir un espectáculo semejante y que produjera en la naturaleza los resultados que aquel realizó, aun cuando para ello contara con todos los aparatos que la fisica y la mecánica tienen á su disposicion? De ninguna manera: á Dios sin embargo le basta con su simple voluntad, como le bastó para producir la luz el pronunciar esta palabra: *Hágase*.

Pues bien: con un poder que llega á lo sublime, y con una grandeza que escede á toda comparacion, más infinito todavía es Dios en su bondad. Considera si no que sin ella no estaríamos en este mundo; que ya en él, pereceríamos si no proveyera á todas las atenciones de nuestra existencia, enviándonos frutos en abundancia, que al llegar á la primavera cubren la tierra, yerma y estéril al parecer durante el invierno;

que á pesar de que los bienes de este mundo no son nuestros, sino suyos, premia con usura al que se priva de una parte de ellos para entregársela al triste pordiosero que implora la caridad para no perecer de hambre y de miseria; que con la misma solicitud atiende al rico potentado, que á la inocente avecilla, que al más diminuto insecto, y que al efecto de que ricos y pobres puedan alcanzar el premio de sus buenas obras, promete rico galardón al que apague la sed del sediento llevando á sus labios una simple gota de agua.

Pródigo en beneficios para con los buenos, clemente y benigno para los que han faltado á sus deberes, si bien severo para con el que se empeña en desconocerle, tiende su mano protectora al que se arrepiente sinceramente de las faltas que cometió, y le reserva un asiento en el Paraíso junto á su trono radiante de esplendorosa luz. Tal es, hijo mío, el Dios á quien debes amar; tal es aquel Ser eterno, increado, principio y fin de todas las cosas, eminentemente sabio, justo y todopoderoso, del cual te hablaba tu madre al imbuirte la primera máxima del deber.

C. Vidal y de VALENCIANO.

JAIME EL CONQUISTADOR EN MALLORCA.

I.

Antes que el esforzado Rey cuyo nombre acabamos de escribir, otro príncipe no menos valeroso, Berenguer *el Grande*, conde de Barcelona, habia acometido la heroica empresa de reducir las Baleares al dominio cristiano, mas por breve tiempo. Todos sus sucesores halagaron el mismo pensamiento, pero tan solo llegó á ser un hecho despues de trascurrido más de un siglo desde que los condados que rigiera con robusto brazo Wifredo *el Velloso* formaban parte del reino de Aragon.

Las hermosas islas tan queridas de los griegos, cartagineses y romanos; la preciosa conquista de Quinto-Cecilio-Metelo, gemian bajo la pesada cadena de los bárbaros *Almohades* que las convirtieran en verdadero nido de piratas.

Era una tarde de primavera del año 1228, cuando el anciano Said-Ben-El-Kaken, Emir de Mallorca, que conversaba en un salón de su alcázar de la *Almudaina* con varios jeques y mercaderes genoveses y pisanos, fué avisado que acababa de fondear una flota cristiana de cuarenta velas que servia de escolta á un embajador aragonés. Introducido este en el alcázar, dijo con dignidad al Emir:

—El Rey mi señor te demanda satisfacción cumplida del insulto que recibió de algunos vasallos tuyos, que sin razón ni provocación alguna osaron apresar dos *sactias* barcelonesas. Si la rehusas, tiembla por tu trono y por tu vida.

El moro, encogiéndose de hombros, contestó desdeñosamente al enviado:

—¿En nombre de qué Rey me hablas? No le conozco.

—Del muy alto y poderoso Jaime de Aragon, replicó altivamente el noble paladin; del hijo de aquel valiente Pedro que en las Navas de Tolosa hizo morder la tierra á tantos de los vuestros.

Enfurecióse el Emir de tal manera, que alzándose del diván en que estaba recostado, fué hácia el cristiano con los puños levantados; mas se contuvo, y tan solo le dijo:

—No provoques mi cólera, maneebo loco. Quitate de mi presencia, y dí á tu Rey que no le doy satisfacción alguna, ni le devuelvo las naves. No por compasión; por desprecio perdono tus locas amenazas.

Poco tiempo habia pasado, cuando Jaime I, que se hallaba en Tarragona acompañado de muchos de sus barones, fué agasajado con un espléndido banquete por Pedro Mantell, ciudadano de Barcelona y esperto navegante. Alzados los manteles, asomóse el Rey á una fenestra que dominaba el anchuroso piélago, y demandó noticias sobre la situación y cualidades de las islas Baleares á su huésped, que las visitaba con frecuencia, y que le satisfizo cumplidamente. Al otro día publicóse la convocación de las Cortes para el 25 de Diciembre de aquel año, en el palacio condal de Barcelona. Llegado este plazo, dejóse ver el Rey en su trono ostentando las insignias de la majestad, y en un breve pero elo-

cuente razonamiento mostró á la Asamblea su designio de hacer la guerra al bárbaro mallorquin que se atreviera á escarnecer el glorioso pendon aragonés, el que juraba clavar en las torres de la Almudaina.

Victores mil ahogaron las últimas palabras del belicoso Monarca, y haciéndose eco de todos los presentes el anciano Aspargo, arzobispo de Tarragona, en nombre del clero; Guillen de Moncada, en el de la nobleza; y Berenguer Girard por las ciudades, le felicitaron por su buen propósito en tan tierna edad, y se retiraron los Estamentos á deliberar.

Pasados tres dias, se congregó de nuevo el Parlamento, y levantándose de su escaño Guillen de Moncada y los condes de Ampurias y Rosellon, aprobaron en alta voz la *proposicion* del Rey, y le ofrecieron sus personas y las de sus vasallos para la guerra santa. Secundó á la nobleza el brazo del clero; y el arzobispo de Tarragona, á quien las lágrimas de entusiasmo ahogaban la voz, no solo dijo que el cielo habia inspirado al Rey tal pensamiento, sino que él mismo empuñaria la espada, si su brazo enflaquecido por los años pudiera sustentarla; pero se ofrecieron á ocupar su puesto en la hueste los obispos de Barcelona y Gerona, el abad de San Feliu de Guixols y otros dignatarios, y las tres ciudades de Barcelona, Tarragona y Tortosa, únicas representantes en aquellas Córtes, abrazaron tambien con entusiasmo el partido de la guerra.

Fijóse la espedicion para fines de marzo, y se acordó que en tanto durase, los nobles darían tregua á las querellas y guerras que pudieran tener entre sí. Aspargo abrió el libro de los Evangelios, é hizo jurar á todos los asistentes el cumplimiento de lo prometido.

Apenas conocida tan patriótica resolucion, la muchedumbre de los habitantes de Barcelona, que en las afueras del palacio aguardaba con impaciencia, dió rienda suelta al más entusiasta regocijo, gritando: ¡á Mallorca!.... ¡á Mallorca!

En ¹ Jayme, tan piadoso como guerrero, se

¹ *En*, en la lengua lemosina, equivale al Don de Castilla.

dirigió en el instante á la catedral, seguido de los barones y de un inmenso pueblo que le aclamaba ébrio de júbilo, y allí pasó toda la noche en oracion. Reunió despues en un solemne banquete á todos los que concurrieran á las Córtes, y presidió las justas y torneos con que se celebró la futura conquista.

Pocos dias eran pasados, cuando encontrando por acaso en Lérida al legado del Papa, cardenal de Santa Sabina, le presentó un pedazo de cordon liado en forma de cruz, rogándole se lo cosiese en el hombro izquierdo. Hizolo así el legado, y bendiciendo al Rey, le prometió en nombre del Cielo la gloria del vencimiento.

II.

Habian corrido siete meses, cuando en la antigua Tarragona se hizo *alarde* de la hueste real que habia de marchar contra Mallorca, que constaba de quince mil peones y mil quinientos caballeros, sin contar los provenzales y otros muchos aventureros extranjeros, que ganosos de gloria vinieran á participar de los azares de aquella guerra.

Componian la flota veinticinco naves gruesas ó *caudales*, diez y nueve *tauridas*, doce *galeras* y cien *brites* y *galeotas*. Era el 7 de setiembre de 1229, cuando al compás de las aclamaciones del pueblo y de las músicas bélicas zarparon las primeras naves del puerto de Salon, dando al viento el *palado* ¹, pendon en que iba el valeroso Jaime. Muy en breve se reunieron las restantes, que anclaban en Cambrils y Tarragona, y toda la escuadra navegó en busca del archipiélago Balear. Mas apenas habia corrido veinte millas, cuando sobrevino una terrible tempestad, que enérgicamente describe un escritor contemporáneo ². «Cresquè lo vent, é fort horriblement. La mar sinfla; munten les ondes é complexen bé la terra part de la galera.»

Cundió pues el desaliento, y hasta los más experimentados pilotos pedían encarecidamente

¹ Las armas de los Condes de Barcelona, adoptadas despues por los Reyes de Aragon, son, como es notorio, cuatro palos de gules en campo de oro.

² Marsilio.

al Rey diese la orden de volver á los cercanos puertos; mas el animoso Monarca, que miraba la muerte con faz serena en cualquiera de sus aspectos, solo respondió: «Pues vamos en nombre de Cristo, él nos guiará.» Dos largos dias lucharon los aventureros con las olas tenazmente embravecidas, que parecian venir en auxilio de los moros; mas al fin de inauditos esfuerzos avistaron la Palomera y se echaron áncoras en Pantaleu, sin haber de lamentar la pérdida de nave alguna. Sin embargo, no pareciendo conveniente aquel paraje, se trasladó la

flota al cercano puerto de Santa Pouza, siendo el primero que tocó la tierra Bernardo Rindemeya, que en señal de alegría clavó en la playa una bandera blanca. Apercebidos los sarracenos, intentaron con las armas impedir el desembarco; pero aunque combatieron con valor, fueron vencidos, y corrieron á ocultar el baldon de su derrota en la ciudad ¹. El Emir reunió entonces cuantos hombres eran capaces de llevar las armas, y salió al encuentro del ejército conquistador, decidido á fiar á una batalla decisiva la suerte de su reino.



Jaime el Conquistador en Mallorca.

Al amanecer del jueves 14 de setiembre, y apenas terminada la misa, que celebró el obispo de Barcelona, se tramó el más reñido y sangriento combate, en el que los hermanos Guillen y Ramon de Moncada, á quienes se confiara el mando de la vanguardia, encontraron una muerte gloriosa. Despues de correr arroyos de sangre y de proezas sin cuento, se señalaron los guerreros de uno y otro bando, se clavó la enseña aragonesa en el sitio llamado desde aquel día *Coll del Rey*, y los habitantes de la ciudad vieron con dolor á muy corta distancia las tiendas de los vencedores. El regocijo del señalado triunfo de Santa Pouza no fué bastante á detener las

lágrimas de Jaime al ver los cadáveres de los Moncadas y otros mil valientes que dieron sus vidas por su patria. Estrechóse sin demora el cerco, fortaleciéronse los reales, y se armaron los *fundibulos trabucos* y otras máquinas de guerra. Los musulimes, no tan solo se prepararon á una defensa desesperada, sino que atacaron furiosamente y en gran número el campamento; pero fueron vencidos y muertos en su mayor parte, dejando en poder de los cristianos sus

¹ Las crónicas de aquel tiempo le dan el mismo nombre que á la isla; pero despues aparece con el de *Palma*, derivado sin duda del de *Cocoina-Palmaria* que le dió su fundador Metelo.

tiendas de campaña y el cadáver de su caudillo *Infantilla*, cuya cabeza arrojada á la ciudad vino á aumentar la consternacion de los vencidos. Muy en breve vieron caer tres torreones y quedar practicable una brecha, y vino á redoblar las penalidades de los combatientes. Tan continuados reveses convencieron á los más obstinados mallorquines estaba su causa perdida. Muchos habitantes del campo rindieron voluntariamente obediencia y vasallaje al Rey cristiano, y los sitiados se resignaron á capitular.

Acudió á las pláticas el Conde de Rosellon, acompañado de diez caballeros y de un intérprete judío llamado D. Bachel, natural de Zaragoza. El de los moros era un renegado aragonés que tenia entonces por nombre Mahomet, y antes el de Gil de Alagon. El Emir prometia reparar todos los gastos de la guerra, pero pedia que el ejército tornase á España. Indignóse En Jayme al oír tal propuesta, y dijo con arrogancia: «Si cubriesen de oro todo el campo, no retrocederia en mi propósito.» Vino el mismo Emir á la entrevista, y ofreció además de la indemnizacion indicada un rescate de cinco *besantes* por persona, incluyéndose en este número las mujeres y los niños. Tampoco fué aceptada esta humillante propuesta, y el Conde de Rosellon dijo al moro: «Nuestro Rey no cuenta más que veintiun años; la conquista de Mallorca es su primera hazaña, y jamás retrocederá en ella.»

Desde aquel día la acometida y la defensa eran más y más obstinadas, y el esfuerzo y el furor de los combatientes se redoblaban. Para dar una idea de las costumbres de aquel siglo, estraña mezcla de honor, de religion, de galantería, de valor y barbarie, hé aquí las disposiciones del Consejo de En Jayme para el asalto de la ciudad: «Aunque se vea caer muerto á un peon ó caballero, ninguno osará llorarle, ni retirar su cadáver. Los heridos continuarán combatiendo, á no estarlo mortalmente; pero ni en este caso podrá detenerse nadie á socorrerlos, aunque sea pariente ó amigo. Nadie retrocederá por motivo alguno, ni volverá el rostro para mirar al campamento. Si alguno huyere, todos

le acometerán y matarán como enemigo. Entrada la plaza, nadie se alojará en tanto dure el combate. El que no cumpliere lo dicho será tratado como *bara*, esto es, traidor.» Toda la hueste aceptó con entusiasmo tan rigurosas ordenanzas, y juró cumplirlas sobre la cruz y los Evangelios. En los últimos días parecian multiplicarse los obstáculos, pero todos eran vencidos por la constancia y el esfuerzo de Jaime y sus paladines. El invierno desplegaba sus rigores, pero no disminuía el ardor de los que se empleaban en las cavas y mas trabajos de aporche. El Conde de Ampurias logró con los suyos reducir á escombros una gran parte de la fuerte muralla, dejando franca una brecha de quince brazas. El ínclito Jaime se multiplicaba en todos los parajes de riesgo ó de fatiga, olvidando de tal modo el preciso descanso, que pasó tres noches seguidas en vela. Habiendo faltado el sueldo á las tropas, pidió por su cuenta 60,000 libras á unos mercaderes que seguian el ejército, y acorrió aquella urgente necesidad. Todo está pronto: un esfuerzo más, y la más señalada victoria compensará tanto valor y sufrimiento.

III.

Lució por fin el suspirado 31 de diciembre, día señalado para el asalto. Las trompetas dan la señal de tomar las armas, y todo el ejército se reúne en breves instantes. Las banderas flotan entre un bosque de aceradas picas que cubre todo el espacio entre los reales y la ciudad, en cuyos minaretes alumbraba el sol por la vez postrera las aborrecidas medias lunas. Siguiendo su piadosa costumbre, los soldados de la cruz antes de acometer oyeron misa devotamente, en tanto que el valiente Said-ben-el-Kaken reanima á los suyos con la palabra y con el ejemplo. El intrépido Jaime da el grito de ¡*Santa María!* como señal de acometida; mas era el paso tan angosto y tan erizado de hierro, que aun los más esforzados dudaron, pero tan solo un instante. ¡*Santa María!* repitió Jaime, y toda la hueste, cual un hombre solo, se arrojó á la pelea con entusiasmo. La gloria de trepar el primero por la brecha tocó á un soldado barcelonés, al que siguieron otros qui-

nientos, que si bien horriblemente acosados por los sitiados, llevaron á cabo con el más tranquilo valor la importante operacion de cegar el foso para facilitar el paso de los ginetes. El Emir, aunque el más anciano de sus vasallos, montado en un bravo corcel, sin cuidar de su vida, les aventajaba á todos en bravura; pero la fortuna no le favorecía. Sin gran trabajo logran penetrar cincuenta caballeros y se arrojan sobre los defensores de la brecha, que sirve de sangriento teatro á la más porfiada pelea, en tanto que el Rey hacia su entrada por la cercana puerta de Benalfacor ¹, que acababa de romper. Los sarracenos defendían el terreno palmo á palmo, y vendían caras sus vidas, pero con el triste convencimiento de ser vencidos. El espanto cundió pronto, naturalmente en las mujeres, niños y ancianos, que huyeron al campo en número de 30,000, sin que los cristianos, ya vencedores y ocupados en el saqueo, lo estorbasen. Los hombres de armas que rodeaban al Emir, sucumbieron unos, y otros fueron cejando poco á poco en busca de la Almudaina, en cuyas fortificaciones creían encontrar refugio y defensa, hasta que aquel, abandonado, hubo de retirarse á un asilo escondido. En aquel momento veinte mil cadáveres sarracenos tendidos en las calles formaban ya el horrible trofeo de la venganza de los cristianos. Mas aún no había terminado la pelea y la matanza. Los que primero se acogieron á la Almudaina cerraron la puerta á sus mismos hermanos, que acosados por los vencedores les pedían amparo, y solo hallaron la muerte en número inmenso.

En tanto dos soldados de Tortosa participaron en secreto al Rey el lugar donde se refugiara el desgraciado Emir; Jaime les prometió mil besantes por albricias, y seguido del Conde de Rosellon llegó donde estaba el vencido, aunque no humillado moro, envuelto en su blanco alquicel, sentado con estóica calma, y rodeado tan solo de tres guardas, únicos que le permanecieran fieles, y que con sus alfanjes desnudos defendían la vida de su señor. Levantóse y desembozóse con dignidad el Emir al saber estaba en presencia de su jóven vencedor, y éste, cum-

¹ Hoy Puerta Pintada.

pliando los deberes de caballero, le trató con fina cortesía, consolándole en su desgracia y diciéndole no temiese por su seguridad. Dejándole con buena custodia, acudió Jaime á la Almudaina, cuyos defensores le abrieron las puertas, dándole antes en rehenes el hijo del Emir, niño de trece años. En aquel recinto fortificado estaba el alcázar real y otros edificios en número de 178, y en ellos fijaron su residencia los nueve principales caudillos del ejército cristiano que dieron origen á las más distinguidas familias de la nobleza mallorquina, cuyos descendientes son aun hoy conocidos por los de «*las nou casas*.» El cargo del alcázar ¹ y tesoros confió el Rey á dos frailes predicadores, y á diez caballeros con sus escuderos. Así acabó aquel glorioso, pero terrible día en que se vieron tantas proezas, tantos hechos heroicos, y tantos horrores.

Continuó el Rey la conquista de la isla, en la que con su acostumbrada constancia y fabuloso valor triunfó de todos los obstáculos; como la peste y la desercion de sus soldados, á los que concedió grandes franquicias para que se acercasen allí, y tornó al continente, embarcándose en el puerto de la Palomera, primero que allí meses antes había divisado al llegar á Mallorca.

La célebre conquista que acabamos ligeramente de historiar fué el prólogo de aquella magnífica epopeya de hazañas y de triunfos, que tal puede llamarse: desde aquel tiempo la historia del reino de Aragon, que comenzó en la conquista de Valencia y continuó en las de Murcia, Grecia é Italia, países que por largos dias formaron parte del gigantesco imperio español.

N. C. CAUNEDO.

LA LITERATURA EN LA MUJER.

INTRODUCCION.

No hace mucho tiempo que nuestros padres miraban con marcado disgusto la afición de las mujeres á las letras. ¡Error! ¡triste error!....

¹ Jaime II, Rey de Mallorca, convirtió en 1309 en suntuoso palacio esta antigua mansión de los Emires.

que aun hoy todavía, por desgracia, ofusca los claros entendimientos de personas dignísimas, y coarta el noble impulso de muchos espíritus tímidos y apocados que lanzarian su gigantesco vuelo si hallaran aire libre donde estender sus alas.

La jóven dotada de sensibilidad y corazon ardiente, que al salir de la infancia sintiera en su pecho el fuego de la inspiracion, alzaria muy alta su voz, si en vez del ridículo y el sarcasmo encontrara emulacion y elogios prodigados sinceramente por propios y estraños. Empero, léjos de ser así, ha sucedido lo contrario á casi todas las escritoras españolas. Esta ha sido la causa de que su desmayado acento no se haya hecho sentir con el brio necesario, haciendo resonar su nombre por todos los ámbitos de Europa.

Apenas hace media docena de años, era escasísimo el número de señoras que tenian el suficiente valor para luchar con las preocupaciones del siglo, oponiendo su inquebrantable firmeza á la tenaz y sistemática oposicion de sus familias, que preferian verlas con la aguja ó la plancha, mejor que permitir esclareciesen sus entendimientos con la hermosa antorcha de la ilustracion.

Hoy por fin, una multitud de jóvenes cantoras siguen la senda trazada por aquellas, y con la lira en la mano y el sentimiento en el alma, se lanzan á defender sus derechos, y á mostrar á la faz del mundo la injusticia de esa ciega y fanática prevencion, probando con elocuentísimos ejemplos que la mujer escritora puede dedicarse á las más árduas tareas literarias, sin desatender sus deberes, y sin desmerecer en nada del renombre de modesta y virtuosa.

Yo tambien uniré mi voz á las suyas, y me esforzaré en probar lo que llevo dicho, en la série de artículos que me propongo publicar, haciendo ver á los corazones egoistas que aún nos rechazan, lo infundado é injusto de su oposicion, demostrando que la literatura en la mujer, léjos de ser perjudicial, es hasta conveniente y necesaria.

La que recibe del Ser Supremo el inestimable don, que no á todas es concedido, debe

solo por esta circunstancia que la eleva sobre las miserias humanas, inspirar veneracion y respeto, y hallar doquiera amor y simpatías, porque su genio y su númen la convierten en un ángel, y se esfuerza gastando los tesoros de su abnegacion y ternura en derramar en torno suyo el consuelo y la paz.

La verdadera poetisa debe estar dotada de una imaginacion de fuego, de un corazon sensible y de un alma tiernísima. Con estas cualidades no puede ménos de amar lo bello y lo bueno donde quiera lo encuentre; y como la virtud es buena y es bella, amaré la virtud y será buena y virtuosa. Encontrará encantos indecibles en sembrar la tranquilidad y la dicha, cumpliendo sus deberes de mujer, de madre, hija y esposa, con la más escrupulosa religiosidad, haciéndolo por instinto, por amor, y por la gloria y felicidad que indudablemente ha de resultarle, sin que entre para nada en sus miras la esperanza de recompensa, la cual no puede dudarse obtiene entre propios y estraños, por más que alguna vez encuentre corazones ingratos y egoistas, que en lugar de premiar su abnegacion, la envidien y escarnezan. ¡Oh! sí; recompensa es y muy grande el placer que resulta cuando se hace bien, y la profunda conviccion de que se ha cumplido con las leyes impuestas por el Divino Hacedor á toda criatura, y la hermosa paz, la dulce tranquilidad con que se embriaga el alma cuando la conciencia está limpia de toda mancha. ¿Qué mejor recompensa? ¿Qué premio nos darian más grande que el noble orgullo con que la mujer digna y virtuosa alza su frente sin que nadie pueda hacérsela humillar, enrojecida por el carmin de la vergüenza? ¡Ah! Ninguno! Nada puede compararse á esta inmensa satisfaccion; y esta satisfaccion y este noble orgullo lo tiene toda mujer de nobles aspiraciones que ama y practica la virtud por instinto y por amor, venerando la bondad y la belleza, donde quiera que la encuentre.

Por eso he dicho y repito que la mujer poetisa, la que verdaderamente ha recibido del Ser Supremo tan sublime don, está dotada de cualidades muy relevantes que la colocan sobre todas las mezquindades del mundo, sobre las ridi-

culas y necias vanidades de la sociedad, y la convierten en un ángel de amor y de paz, que con el arpa en la mano y el sentimiento en el alma, se apresta á ser el escudo de las humanas desdichas, el apoyo de los desvalidos, el consuelo de los tristes, y el hermoso sol que con sus vivificantes y purísimos rayos ilumina y alegra el hogar doméstico.

Faustina SAEZ DE MELGAR.

LA INVENCION DE LA MÚSICA.

IDILIO DE GESSNER.

En aquellos tiempos primitivos en que las artes se hallaban todavía en su infancia, porque los hombres, sencillos en sus costumbres, solo sufrían las ligeras necesidades de la inocencia y la naturaleza, vivía una doncella la más hermosa de aquella edad, la mejor formada acaso para sentir las bellezas de la naturaleza. Con lágrimas de alegría saludaba la aurora al dorar los verdes campos, y con tierno entusiasmo veía al sol desaparecer, sucediéndole la luna con su plateada luz. Desordenados gritos de alborozo llevaban á la sazón el nombre de cantos. Tan pronto como el madrugador gallo cantaba delante de la cabaña, anunciando la mañana—pues la doncella se había entretenido en domesticar algunos animales, poniéndoles comida alrededor de su choza—salía de debajo del techo protector, formado de cañas y paja, y asegurado á los troncos de los árboles vecinos donde moraba á la sombra, rodeada de los pájaros que trinaban en el espeso follaje. Iba entonces á ver las praderas cubiertas de rocío y oír los gorjeos de las aves del cercano bosque. Sentábase allí contenta, y escuchaba y procuraba imitar sus cánticos. Armoniosos sonidos salían de sus labios, más armoniosos que los que entonara aún doncella alguna, y con lo que su dulce voz podía tomar de cada uno de aquellos sonidos formaba otros diferentes. «Alegres cantorcillos, les decía con arreglado son, ¡con qué dulzura resuenan vuestros gorjeos desde la cima del árbol más alto hasta el más bajo arbusto! ¿Por qué no he de poder cantar al venir la ma-

ñana con tonos tan lindos y variados? ¡Oh! enseñadme esos rápidos sonidos, y cantaré con vosotros á la salida de la aurora, cuando brilla el primer rayo del sol!» Decía así, y sus palabras se arreglaban sin notarlo á su cántico en acompasada, dulce y melodiosa cadencia: con sin igual asombro observaba la nueva armonía de las medidas palabras: «¡Cómo brilla la canora selva!» Prosigue inspirada: «¡Cómo brilla el campo bajo el rocío! ¡Oh tú que creaste todo esto, cómo me llenas de entusiasmo! Ahora puedo alabarte con canciones más dulces y agradables que las de mis compañeras.» Cantaba así, y como si fuesen de nuevo llamados á la vida, oían los campos la nueva armonía, y los pájaros de la selva callaban y escuchaban.

Todas las mañanas iba desde entonces al bosque á ensayar el nuevo arte; pero un jóven la había oído desde mucho tiempo antes en la espesura, donde se paraba entusiasmado entre los aromáticos arbustos, y suspiraba, y se ocultaba en lo más espeso, procurando imitar sus cánticos. Una vez estaba meditando, reclinado en su arco, bajo su techo de cañas, pues había inventado el arte de hacer arcos para matar las aves de rapiña que le robaban las palomas, á que había hecho un nido de flexibles mimbres en el tronco de un árbol. «¿Qué es esto, decía, que siente mi pecho, que tanto inquieta mi corazón? En verdad que si veo á la doncella en la selva y escucho sus cantares, me lleno de entusiasmo y alegría; pero si no la veo ¡ay! entonces.... entonces el pesar se apodera de mi corazón!» Tocó al hablar así su mano distraída en la tirante cuerda del arco, y salió de la cuerda un agradable sonido, que el jóven escuchó y repitió admirado. Enmudece y medita entonces para desarrollar la nueva invención, y después de un instante vuelve á tocar en la tirante cuerda del arco, hecha de los intestinos de las aves de rapiña. Pero sin detenerse comenzó á cortar ramas de los árboles; dos largas y dos más cortas; aseguró las dos más cortas á las dos más largas por arriba y por abajo, y colocó cuerdas en las más cortas entre las dos más largas. Después su mano empezó á tocar, y notó la agradable diferencia de los sonidos entre las cuerdas

más débiles y las más fuertes: las desató de nuevo, y arregló las diversas cuerdas en una forma armónica, y luego comenzó á tocar estremeciéndose de placer.

Apenas fué de dia, corrió á lo más áspero del bosque á ensayar el nuevo arte, procurando imitar con los sonos de sus cuerdas los armoniosos sonidos que habia escuchado á la doncella. Pero se asegura que trabajó mucho tiempo en vano, sin poder conseguir que algunos sonos sirviesen para acompañar al canto; mas se le apareció un Dios en la selva, arregló las cuerdas de la lira armónicamente, y tocó delante de él. Desde aquella mañana buscaba á la doncella en el bosque, aprendia nuevas canciones, é iba despues á la próxima fuente para imitarlas en su lira.

Una hermosa mañana estaba la doncella en el bosque, estaba sentada, coronada de flores y cantaba: «Yo te saludo, amable sol, que sales por detrás de la montaña! Ya coronan tus rayos las copas de los árboles de las más altas colinas y el flotante plumaje de la alegre alondra. Los pájaros de la selva te saludan á tu llegada, y»—calló entonces mirando alrededor con atencion.—«¿Qué dulce voz se mezcla á mi cántico,—esclamó admirada—acompaña á los sonidos de mi cancion? ¿Dónde estás? ¿Por qué callas? Canta, dulce voz! ¿Eres un alado habitante de este bosque? ¡Oh! entonces estiende tus alas, y vuela hasta ese árbol para que pueda verte y oír tu canto.» Despues continuó así, mirando á las copas de los árboles cercanos: «¿Has huido por temor? ¡Ah! nunca habia oido esa voz en el bosque! ¿Si me habré engañado? Si me engañará algun sueño? Pero volveré á empezar otra cancion. Bien venida seas, hermosa florecilla: ayer eras solo un capullo, ahora estás ya abierta: te saludan el amable céfiro y la susurrante abeja, y la pintada mariposa revolotea alegre en torno tuyo y bebe tu rocío.» Mientras cantaba de esta manera, se detuvo de repente, espiondo en su alrededor, pues la voz habia comenzado á acompañar su cántico de nuevo.

Llena entonces de placer: «No me he engañado, la voz ha servido de eco á todos mis sonidos.» Decia así, cuando el jóven salió de en-

tre la maleza, coronado de flores y con la lira bajo el brazo. Tomó sonriendo la mano de la ruborizada doncella. «¡Ah, hermosa niña!—balbuceó su risueña boca con dulce acento—Ningun alado habitante del bosque ha imitado tus cánticos; yo soy quien te ha acompañado con estas cuerdas. Todas las mañanas he venido á escuchar tus cantares, y despues he ido á lo más profundo de la selva á ensayarlos en estas cuerdas, y créelo, niña, un Dios se me ha aparecido y me ha enseñado á tocar en lo más áspero del bosque.» La vergonzosa mirada de la doncella se dirigió vacilando al jóven, y se detuvo en las cuerdas. Despues mirándole la doncella: «Me alegraría—le respondió—si acompañases con ese instrumento mis canciones, si las sirviesen de eco: ven conmigo bajo mi umbroso techo, pues se acerca la hora del mediodía: allí te daré de comer dulces frutas y beberás fresca leche.»

Entonces se dirigieron el jóven y la doncella á la cabaña, y enseñaron á tocar y á cantar á sus amigos y amigas. Poco despues se acompañaron de la flauta, que encontró Marsias en el bosque sagrado, donde la arrojó en la arena Minerva, su inventora, incomodada por las burlas de los dioses. El jóven y la doncella plantaron dos árboles en una alta colina, á cuya sombra cantaban sus hijos á sus nietos la invencion del canto y de los instrumentos de cuerda.

José S. BIEDMA.

LEYENDAS ESPAÑOLAS.

LA CRUZ DE PIEDRA.

I.

Siguiendo el pintoresco camino que ladea por más de una hora la montaña en que termina la sierra de Orihuela, se descubre una vasta llanura donde en medio de la lozana vegetacion descuellan doradas y erguidas palmeras. En el punto que se descubre el árbol de Oriente, se halla una cruz de piedra que estiende sus brazos hácia la llanura, como tomándola bajo su proteccion: la cruz está coronada por una cúpula, sostenida por cuatro columnas de piedra.

Esta cruz es venerada por toda la comarca, y mil nombres esculpidos y trazados en ella son otros tantos testimonios de fé y de ex-votos, que le han sido confiados por caminantes extraviados, penitentes y afligidos, esperando arribar al puerto deseado, purgar sus culpas, y hallar en la religion del Crucificado el bálsamo que mitigue sus sufrimientos.

Más de uno de esos nombres que se ven en el cuerpo de la cruz han sido trazados para hacer indelebles y más sagrados sus juramentos.

Quién construyó ese monumento y con qué fin fué levantado, es asunto que ignora toda la comarca, que venera con gran fé la cruz, y mil narraciones, más ó menos verídicas, sirven de conversacion á los sencillos labradores, que refieren los milagros que hace, cuando junto al hogar, en las noches de invierno, tienen ocasion de añadir uno más al catálogo numeroso de los que se atribuyen á la venerada *cruz de piedra*.

Sin embargo que el pueblo ignora la fundacion de esa cruz, más feliz el historiador en sorprender el misterioso secretó que la envuelve, ha descubierto lo que vamos á relatar.

A la invasion del reino de Valencia por los árabes, se estendieron estos por las vegas y llanuras que ofrecian á su genio agrícola la remuneracion de sus trabajos. Esta feraz y templada comarca fué de las primeras que cultivaron en España, pues su templado clima era el más á propósito para los que venian de un país tan cálido como el Africa.

En la cresta de esa montaña que ladea por más de una hora el hermoso camino de que dejamos hecha mencion, se levantaba un fuerte castillo, del que se destacaba una torre elevadísima, de forma cuadrada, que con otras particularidades estaba adornada de dos campanas. La mayor, que era de bronce, sonora é imponente, estaba en la parte de la sierra, y la otra, más pequeña y chillona, correspondia á la vega. Estas campanas tenian dos objetos: congregar á los súbditos del castillo y á los campesinos á las oraciones diarias, lo que se hacia tocando la campana pequeña, y avisar á la comarca algun amago ó peligro inminente, lo que

se hacia echando á vuelo la campana grande.

En el castillo habia su correspondiente capilla, bajo la advocacion de la Santa Cruz, y el señor de este castillo, que era un anciano dotado de todas las prendas cristianas, sostenia el culto público con dos sacerdotes, á quienes regalaba, sin más obligacion que cuidar de su jóven hijo y atender á los feligreses.

Estos sacerdotes, así como el castellano, eran modelos de virtud, por lo que les adoraba toda la comarca, pues á pesar de los tiránicos derechos de aquellos tiempos, más que su señor, era para con sus súbditos un hermano en Jesucristo.

El baron de Almuñiz se habia casado á los veinticinco años con Luisa, hija y heredera del marquesado de la Selva, que solo contaba quince años de edad.

Su union fué movida por el tierno amor que se profesaban, cariño que no menguó durante los veintitres años que vivieron juntos, sin embargo que nunca pudieron verle fructificar hasta la muerte de Luisa, que murió en cinta, dando un hijo á luz dos horas despues de efectuarse aquella. El hijo mitigó en parte el dolor del esposo afligido, pues veia en él un resto vivo de su querida Luisa.

El hijo póstumo fué bautizado con el nombre de Víctor, y entregado, como hemos dicho, al cuidado de los sacerdotes que servian la capilla del castillo, pretendiendo dedicarle al servicio de Dios, para que con sus oraciones purgara la muerte que habia ocasionado á su madre al venir al mundo.

A la muerte de Luisa se encontró un pergamino que cõtenia su postrera voluntad: solo contenia una disposicion, que se levantase una cruz de piedra, cubierta con una cúpula sostenida por cuatro columnas, en el punto que dejando el camino de la sierra, que en aquella época no era más que una senda, se descubre la vasta campiña; ordenando igualmente que se la sepultase al pié de la cruz.

Su postrera voluntad fué cumplida religiosamente por el baron.

Lo que vamos refiriendo acontecia algunos años antes de la invasion de los moros: así fué

que al efectuarse esta, temiendo el baron que los restos de su mujer fuesen profanados, ordenó una noche, con gran esposicion de los criados, los trasportasen al castillo, pues dueños los moros de la campiña, trataban de apoderarse del castillo que la dominaba, no queriendo prestar homenaje al cristiano con todo que reconocian su poder y superioridad.

Hermanándose al poco tiempo los moros con los naturales, y viviendo, si no en completa confianza, en paz, dejaron de hostilizar al castellano, y los campesinos refugiados en el castillo fueron descendiendo poco á poco á sus hogares abandonados.

La cruz fué derribada de su asiento y maldecida, y clavándose uno de sus brazos en tierra, sirvió de cómodo asiento al musulman: ignorándose su forma santa, se libró de ser reducida á polvo en el primer período de la invasion, pues calmado el fanatismo religioso, moros y cristianos respetaban su distinto

culto, y es asaz atrevido presentar á los mahometanos como vándalos destructores.

Salvada milagrosamente *la cruz maldita*, que tomó este nombre por las muchas maldiciones que la echaron los moros al ver que les habian arrebatado los restos de la castellana que estaban guardados á su pié, prometiéndose la adquisicion del castillo con su rescate, fué repuesta en su pedestal medio siglo despues, y sigue adorándosela hoy dia como protectora de la comarca.

El sepulcro de Luisa fué cerrado con una losa de granito, esperando que algun dia, libres de todo temor, podrian depositar de nuevo sus restos en él; pero esto no se ha efectuado.

El sepulcro guarda un cadáver, pero no es de Luisa.

II.

Entre los moradores de la llanura que se estiende á la falda de la sierra de Orihuela, habia un moro llamado Ben-Alando, reconocido tambien con el apodo de Fernandez, que equivale á hijo de Fernando en vulgar castellano, como ya se empezaba á usar por aquel tiempo entre moros y cristianos.

Este moro vivia en una casa de construccion

particular: no podemos decir con exactitud que fuese de arquitectura árabe, pero tendia á ello; casa fuerte, pues una torre ó atalaya coronaba el edificio y daba á esta mansion un tinte de melancolía agradable.

Rodeada de árboles y bien labradas tierras, regadas por un bullidor arroyuelo que turbaba el silencio, hacia de esta vivienda una mansion de placer, pues

á la sencillez del campo reunia las galas y encantos de la naturaleza.

La casa del moro Fernandez solo constaba de dos pisos y la torre abierta por la parte del portal: el superior, sumamente aboardillado, terminaba en ángulo agudo, estendiendo sus vertientes cubiertas de pizarra hasta la parte superior del piso bajo: cuatro grandes ventanas abiertas en las vertientes, formando celdas reducidas, daban paso á la luz que iluminaba el interior de la boardilla ó piso alto. En este, que era un cuadrilongo, estaban los cuartos de los individuos de la casa, dispuestos de modo que cada uno disfrutaba de una de las ventanas que daban al campo.



Casa del moro Fernandez.

El piso bajo solo tenía dos ventanas, correspondiendo estas una á cada lado de la puerta, y en el primer término de la cuadra.

La construcción extravagante de esta casa habia sido guiada por la seguridad y la idea de recato de los árabes para con sus mujeres, pues era verdaderamente casi imposible lanzar una mirada á su interior.

El moro Fernandez no era ningun avaro codicioso del oro que encerraba en su casa, como son generalmente los moros, sino que, poseedor de un doble tesoro de belleza, todo su afán se reducía á impedir que se conociera la hermosura de su mujer é hija.

(Se continuará.)

Faustino BASTÚS.

CÁNTICO DE MOISÉS

Exod, cap. XV.

SOBRE EL PASO DEL MAR ROJO.

Cantemos al Señor que en este día
Su gloria ha enaltecido,
Y al caballo y ginete, en lo profundo
Del mar ha sumergido.
Suba á su trono eterno mi alabanza,
Que el alma fortalece;
El Dios de mi esperanza,
De mis padres el Dios eterno y santo,
Glorifíquelo, ensálcelo mi canto.
El que es tan solo el campeón valiente,
El que se llama el Dios omnipotente,
A Faraon, sus carros y soldados
Y á aquellos capitanes
Mejores en pericia y en arrojo,
Los sumerge en las ondas del Mar Rojo,
Hundiéndose lo mismo
Que enorme piedra en su profundo abismo.
Tu diestra enaltecíó la fortaleza
Que va, Señor, contigo;
Tu diestra ha castigado al enemigo.
De tu gloria inmortal con la grandeza
Cayeron á tus plantas,
Y de tus iras santas
La llama abrasadora,
Como arista de paja los devora.
Al soplo de tu cólera divina
Las aguas se amontonan: su carrera
Detiene la ola que veloz corria:
Cuájanse los abismos

En lo profundo de la mar bravía.
«Iré en pos de ellos, dijo el enemigo,
Y los verán mis ojos
Rendidos á mis plantas:
Me hartaré repartiendo sus despojos,
Y de mi acero fuerte
Desnudo el filo, les daré la muerte.»
Sopló, Señor, tu viento,
Y el mar vehemente los tragó en su fondo,
Como mole de plomo en lo mas hondo.
¡Oh, quién en la grandeza
Iguala tu poder! ¡Oh, quién, Dios mio,
Llegar á tí podrá en la fortaleza!
¡Quién semejante á tí en el poderío!
¡A tí, terrible y santo,
Tú el Hacedor supremo
De maravillas y prodigio tanto!
¡Quién no tiembla ante tí, quién no se aterra!
Estendiste la mano,
Rasgóse al punto y los tragó la tierra.
Caudillo de ese pueblo que te admira,
Y tus dones bendice,
En tí la guía vencedora mira
Que los conduce á la mansion felice.
Y álzanse turbulentos
Los pueblos y arden en furiosas iras,
Y triste y macilenta
Su frente al suelo inclina
Con acerbo dolor la Palestina.
Contúrbanse asombrados
Los principes de Edon: tiemblan cobardes
Los hijos de Moab, tan esforzados
En medio la pelea;
Yerta queda la gente cananea.
Tiemblen sobrecogidos, pavorosos,
Deslumbrados, Señor, con tu grandeza:
Inmóbles como el mármol,
Ese pueblo escogido
Vean pasar, Señor, que has adquirido;
Que tú los llevas al eterno monte
De tu herencia mansion, morada eterna,
Obra de tu poder, al santo asilo,
Divino, soberano,
Al Santuario que afirmó tu mano.
El Señor reinará sobre los siglos,
Mas allá de los siglos; el Dios grande
Que replegó las aguas del Mar Rojo
Sobre el rey Faraon, y entre sus olas
Le sumergió su enojo,
Dejando sepultados
Sus carros, sus caballos, sus soldados,
Allí donde pasaron á pié enjuto
Los hijos de Israel, que el Sér divino
Partió las olas y formó el camino.

El Baron de ANDILLA.

PENSAMIENTOS Y MÁXIMAS.

La naturaleza, que no nos ha dado más que un solo órgano para hablar, nos ha provisto de dos para oír, á fin de darnos á entender que debemos escuchar mucho más que hablar.

La mujer coqueta es como un enigma, que deja de agradar en cuanto se adivina.

Una injuria que se desprecia, se destruye por sí misma; si se hace caso de ella, es darle un valor que no tiene.

(Tácito.)

LOS MICETES. ¹

FÁBULA.

Por tierras apartadas
viajaba un español,
y aguda gritería
muy de mañana oyó.

Ver quiso quién gritaba,
guiado por la voz;
y al trasponer un monte,
los gritadores vió.

Monos, que en ancha rueda,
formaban un cordon,
saltaban, y en el medio
de todos el mayor.

Era de gozo vivo
ruidosa confusion,
mil bienvenidas eran
al renaciente sol.

Paróse allí el viajero,
sagaz observador,
hasta que el sol mostrara
el último arrebol.

De todas las laderas
del valle en derredor,
brincando los monuelos
volvieron en monton.

Con otro acento que antes
alzaron su clamor,
de tierna despedida
y ardiente aclamacion.

Al sol aquellos gritos,
que el eco repitió,
decirle parecian:

«Ven otra vez; adios.»

Pasmado el caminante
la frente descubrió,

¹ Animales llamados tambien *monos parleros*.

saltando de sus ojos
llanto de fé y amor.

«Sol de justicia (dijo), ¹
nunca te olvide yo,
ni al toque de la aurora,
ni al toque de oracion.

Juan Eugenio HARTZENBUSCH.

HIGIENE DE LA NIÑEZ.

Un escritor célebre, cuyo nombre no recordamos en este momento, ha dicho que el hombre emplea comunmente la segunda mitad de su vida en destruir el efecto de las impresiones que recibió en la primera. No nos atrevemos á admitir como absoluta esta proposicion; pero creemos que gran parte de los trastornos y las amarguras de la vida humana dimanen de una viciosa educacion de la infancia, enteramente opuesta á la ley de la naturaleza, y hasta sin relacion alguna con el presunto destino de cada individuo. Comparado á los treinta años, en circunstancias totalmente iguales, el hombre de la ciudad con el hombre de la aldea, forman el contraste más raro; y si se quita al primero cierta mayor cultura intelectual y viveza de sensibilidad, aparece muy inferior al segundo física y moralmente. Aquel goza casi siempre de una vida ficticia, forzada, artificial; este vive realmente con la naturaleza.

Pudiera deducirse de este hecho alguna proposicion contraria al innegable principio de la perfectibilidad humana; pero no es esta nuestra intencion. Si por un instante preferimos el hombre casi rudo del campo al *espiritual* habitante de la ciudad, es solo relativamente; es porque en el primero vemos la naturaleza semisalvaje, pero con toda su pureza, y en el segundo la naturaleza degenerada. Nosotros concebimos y admitimos la educacion como el arte de desarrollar indefinidamente todas las facultades del hombre, pero de un modo armónico, llevando siempre la mira del progreso y perfeccionamiento, ó á lo menos de la conservacion de la especie humana

¹ En un dia de calor excesivo es muy comun oír la espresion: *hace hoy un sol de justicia*. Los que tal dicen, cometen un despropósito: el *Sol de Justicia* no es el *sol material*; es, como se indica en esta fábula, Nuestro Señor Jesucristo.

en su fuerza natural. Prescindamos de si lleva ó no en su seno algun elemento de destruccion; lo cierto es que la especie ha degenerado, que la especie degenera. ¿Sabeis por qué? Porque lo mismo en los antiguos que en los modernos tiempos, al hombre, en vez de educarle, se le explota. ¡Oh infamia! ¡Oh vergüenza increíble! ¡Todavía hoy se producen, se crian y se educan hombres para esclavos en uno de los Estados más distinguidos del mundo civilizado!

Insensiblemente entraríamos en un órden de ideas que no corresponde á la índole de esta publicacion, ni es de nuestro objeto. Circunscribámonos á este.

Nos proponemos inculcar la máxima de que toda educacion bien entendida no es ó no debe ser otra cosa que la aplicacion de la higiene. Teniendo esta idea presente, no se tratará de criar hombres con un fin determinado, desarrollando algunas de sus facultades, y dejando otras adrede imperfectas, embotadas, cuando no pervertidas.

Este mal ha reinado en todas las épocas de la humanidad, y segun el principio dominante en cada una de ellas, se ha dirigido la educacion de la niñez hácia uno ú otro objeto.

En los antiguos pueblos las necesidades belicosas y el predominanté sentimiento estético, sobre todo en Grecia, impulsaban á criar hombres esforzados y hermosos y á despreciar á los niños endebles por naturaleza y de formas imperfectas. En esos pueblos el ideal del hombre era tan elevado, que no se pensaba más que en dar al mundo héroes, filósofos y poetas. Más adelante el fanatismo de una idea, ya político-social, ya religiosa, imprimió distintas tendencias á la educacion de la niñez, y la vida del espíritu adquirió á su vez la preponderancia que antes tuvo la vida material. Este nuevo desequilibrio llegó al estremo de constituir muchas veces al hombre en un estado como sobrenatural, á modo de somnambulismo constante, que separándolo completamente de toda relacion con el universo sensible, con la creacion material, le dejaba perderse en impotentes aspiraciones hácia lo desconocido, lo incorpóreo é infinito.

Todavía en nuestra sociedad se notan resas-

bios de esas tendencias. La educacion de la niñez varía en cada familia, en cada clase social, en cada país, en el campo y en las ciudades. No hay para ella otras leyes que la rutina y el capricho; las prácticas é ideas perniciosas dominan todavía en ella en gran número.

Para perfeccionarla es menester penetrarse bien de los consejos del arte, que funda sus reglas en la ciencia del hombre. El que sepa que la naturaleza de las ideas de un niño y sus impresiones morales influyen poderosamente en su organizacion material, y que esta se hace luego en consecuencia más ó menos apta para ser instrumento de esas mismas ideas é impresiones, pondrá gran tino en elegir unas y otras. El que sepa además que el carácter, las pasiones todas, la fuerza de la inteligencia, en fin, dependen tanto del desarrollo de sus instrumentos propios y de las impresiones exteriores, como del temperamento orgánico, dará más importancia de la que suele darse á las cosas materiales en la educacion intelectual y moral; y en vez de pretender sofocar tenazmente las manifestaciones á veces ardientes y tumultuosas, tratará de dirigirlas con prudencia, y alejará luego atentamente las causas, ya naturales, ya estrañas, que puedan originarlas.

En una palabra, dictar una sola ley y seguirla siempre en la educacion de todos los niños sin distincion, es poco racional. La escuela frenológica, en medio de la exageracion de sus aplicaciones prácticas, tiene un fondo de verdad en sus doctrinas. Exagerado será pretender que el exámen de la configuracion de la cabeza de un niño pueda dar idea cabal de sus disposiciones intelectuales, morales y fisicas, y servir de guia en su educacion completa; pero es innegable que cuanto más se individualice, cuanto más se calque la educacion en las disposiciones y facultades de cada niño, más cerca andará de la perfeccion apetecida. No debe rechazarse sistemáticamente el exámen frenológico; antes bien repetirlo con frecuencia, comparar los actos con las facultades que la observacion descubra, y sin tomar por base de nada la inspeccion frenológica, tenerla sin embargo presente, y no despreciar ciegamente sus indicaciones.

Muy lejos de nosotros está la idea de aplicar la frenología á la educacion de los niños hasta el extremo de suponer á estos víctimas de su organizacion. Muy al contrario, consideramos á la educacion bien dirigida capaz de modificar profundamente lo que pueda haber originariamente malo en la naturaleza, haciendo brotar en su lugar los gérmenes del bien que Dios siembra en nuestras almas.

Ignacio OLIVER DE BRICHFEUS.

EL VOLANTE.

El volante dicen que fué invencion de Jacobo I, hijo de la infortunada reina Maria Estuardo. Sin embargo, la opinion más general es que fué invencion de la hermosa y amable reina de Navarra, hermana de Francisco I.

Esta princesa fué á la córte de Luis XII con el conde de Angulema, que despues fué Francisco I.

Cuéntase que cuando Cárlos V ganó la batalla de Pavia, el rey de Francia fué cogido prisionero, y llevado á Madrid, supo la llegada de su querida hermana Margarita por

un volante que le lanzó á la ventana de su prision.

Margarita de Valois, primera mujer de Enrique IV, era muy apasionada á este juego.

En lugar de las dos ó tres plumas que se ponian al volante, hoy día se ponen ocho ó diez, grandes y de colores, que se colocan alrededor de aquel.

Este juego es propio de la infancia y tambien de la adolescencia, y en efecto es uno de los juegos más bonitos y entretenidos.

Se juega con dos palas que se llaman *raquetas*, forradas por un lado de pergamino, y por el otro están provistas de una malla de cuerdas.

El volante se compone de una media esfera

de corcho algo prolongada por la seccion, y coronada de pequeñas plumas metidas en su circunferencia.

Se juega de tres maneras: primero, con lo plano de la raqueta, que sirve para coger y despedido el volante; segundo, con el reverso, es decir, con la parte de la malla; y el tercero entre tres, de modo que el jugador hácia cuya parte toca ó cae el volante en tierra, cede su lugar á un tercero, y él se pone en medio.

El volante se juega á la *vertical* y á la *parábola*: el primer método consiste en arrojar el volante al aire y sacudirle verticalmente cuantas veces descienda; el segundo consiste en arrojarle á alguna distancia haciéndole describir una curva ó *parábola* para que vaya á caer en la raqueta del otro jugador que está á algunos pa-

sos de distancia, y arrojarlo de nuevo al que lo despidió.

Para jugar al volante no se debe agitar ni correr de un lado á otro, sino seguir el volante con la vista y estar pronto á repelerlo en su caída.

Para jugar con comodidad al volante se elegirá con preferencia un



El juego del volante.

jardin ó patio; y si ha de ser dentro de casa, una sala desamueblada y alta de techo, porque peligrarian los cristales y demás objetos frágiles.

ACERTIJO.

¿Cuál es la cosa más indiferente, la mejor y la peor del mundo?

(La solucion en el número inmediato.)

Solucion del acertijo anterior.

EL SILENCIO.

Por lo no firmado: el Director, FAUSTINO BASTÚS.

Editor responsable: D. Ramon Vicente.

MADRID: 1860.

IMPRENTA DE A. VICENTE, PRECIADOS, 74.